CHE



Con dos ráfagas de ametralladora disparadas el 9 de octubre de 1967 se clausuró, en el territorio pobre de Bolivia, la vertiginosa cruzada que Ernesto Guevara de la Serna, el *Che*, había iniciado once años atrás en la Sierra Maestra de Cuba. En aquella foto final que recorrió el mundo –los ojos abiertos sin vida– muchos creyeron escuchar el canto de cisne de la insurgencia continental, protagonizada por varias generaciones de jóvenes y una considerable cantidad de adultos, urgidos por la necesidad de cambiar radicalmente sus respectivas sociedades –y el mundo, como meta final– por medio de una forma de lucha sacralizada y excluyente llamada guerrilla. El *Che* es el símbolo y la imagen plástica que expresa con mayor precisión aquella época, y su figura logró que los sentimientos de un notable número de personas se desplazaran entre la adoración irracional y el desprecio más salvaje, alternando, en la crítica o en el elogio, aciertos y desaciertos.

Este suplemento indaga esa historia. Osvaldo Soriano habla de una utopía que no termina y señala que la fidelidad a una causa no es hoy moneda corriente. Martín Caparrós usa la ironía para evocar un retrato que continuamente se desdobla en muchos otros. El uruguayo Eduardo Galeano habla de un Guevara íntimo, que oscila entre el humor y la melancolía. Miguel Briante, por su lado, se ocupa de ciertas curiosidades de la Argentina de aquellos años, y de éstos.

Una historieta, muy poco conocida, sobre la vida del *Che*, con dibujos de Alberto y Enrique Breccia y guión de Héctor Oesterheld, cierra estas páginas.





TESTIMONIO DE LA CAPTURA Y ASESINATO DEL CHE

El Che Guevara fue capturado a las once de la mañana del 8 de octubre de 1967 junto a dos guerrilleros bolivianos: Simón *Willie* Cuba y el profesor Aniceto Reynaga. El profesor estaba herido, como el Che, y se había quedado ciego. La patrulla de la compañía B de un batallón de morteros, estaba compuesta por los soldados Balboa, Choque y Encinas. El Che llevaba una carabina M-1 de fabricación norteamericana, número 744-520, que estaba dañada por un impacto de bala. Al principio, cuando supieron que se trataba del Che, los soldados, asustados, estuvieron a punto de liberarlo. Fue Choque el que se opuso y golpeó al comandante con su fusil. ''No sea cobarde, hombre –le dijo el Che–, no me golpee. Pero si quiere, dispare...''

Choque dio parte al sargento Bernardino Huanca y éste avisó al capitán Gary Prado, quien fue el primero en interrogar al jefe de los insurrectos. Luego llevaron a los tres guerrilleros hasta Higuera, un pueblo de 30 casas y doscientos habitantes. Una de las primeras guardias la cumplió el soldado Alliaga, quien luego proporcionó estas informaciones. El coronel Andrés Selich interrogó luego al Che, pero el texto del diálogo se desconoce y es de creer, que fue remitido a Washington por los agentes de la CIA que acompañaban a los oficiales bolivianos. Un teniente llamado Pérez Panoso se acercó al Che, que estaba tirado en un aula de la escuela donde lo encerraron junto a los cadáveres de los guerrilleros cubanos y le dijo ''¡Mito! Ahora estás preso. ¿Donde está el mito del Che?''. Luego lo golpeó y el herido le devolvió el ataque desde el suelo con un escupitajo. Otro que golpeó al Che indefenso fue un teniente de apellido Espinoza. Casi todos ellos fueron retratados junto al Che por el agente de la CIA Félix Ramos. Las placas fueron también enviadas a Estados Unidos.

La orden de ejecución del Che fue transmitida por el general Alfredo Ovando el 9 de octubre de 1967 desde La Paz. Decía, simplemente, *saluden a papá*. El asesinato se había decidido en una reunión del alto mando convocada por el presidente René Barrientos. Estaban allí los generales Ovando, Juan José Torres y Marcos Vázquez Sempértegui; los comandantes de marina y aeronáutica, el jefe de la CIA en Bolivia, John S. Tilton y el responsable de la misión norteamericana en La Paz.

Fueron Torres y Vázquez Sempértegui quienes propusieron la ''solución final'', a la que nadie se opuso. El mensaje llegó por radio a la aldea de Higueras, donde el Che estaba herido y bajo custodia en una escuela. El coronel Miguel Ayoroa Montano recibió la orden y se la transmitió al teniente Pérez Panoso. Este, a su vez, encargó la ejecución al suboficial Mario Terán Ortuño y al sargento Bernardino Huanca.

Primero murieron los dos compañeros del Che. Terán le dio un tiro en la cabeza a *Willie* Cuba; el sargento Huanca disparó contra Aniceto Reynaga, encerrado en un aula vecina a la del Che. Para matar al comandante Ernesto Guevara, Terán buscó una carabina M-2, que dispara por ráfagas.

EL RELATO

A principios de 1968, el ex ministro de Bolivia, Antonio Arguedas –tal vez un espía doble–, que luego fugó a Cuba con las fotocopias del *Diario* del Che, habló en La Paz con el propio Terán y recogió su testimonio que se conoció en junio de 1970 a través de la agencia Prensa Latina.

Según Arguedas, ''Terán es un hombre bajito, de un metro sesenta de estatura. Debe pesar 65 kilos; es de nariz afilada, bigote ralo, tez morena y ojos pequeños de color castaño''.

Mario Terán Ortuño estaba en la capital de Bolivia por un reclamo: el ejército –decía– se había confundido al entregar el premio por la ejecución del guerrillero y fue otro el Terán enviado a disfrutar de una beca junto a los Boinas Verdes. A él sólo le habían dado un reloj de ochenta pesos''. Arguedas escuchó el relato del suboficial sobre el asesinato y lo reprodujo así:

''Cuando llegué al aula, el Che estaba sentado en un banco. Al verme, dijo: *'Usted ha venido a matarme'*. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: *'¿Qué han dicho los otros?'* Le respondí que no habían dicho nada y él comentó: *'¡Eran unos valientes!'* Yo no me atrevía a disparar. En un momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se me echaba encima y cuando me miró fijamente me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. *'¡Póngase sereno* –me dijo– *y apunte bien! ¡Vá usted a matar a un hombre!'*. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos, y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y en el corazón. Ya estaba muerto.''

El fusil del Che fue a parar a manos del coronel Zenteno Anaya, el reloj, un Rolex, a la muñeca de Ovando y la pipa al bolsillo del sargento Bernardino Huanca.

Según Arguedas fue el militante chinoísta Alberto Rivera quien proporcionó al gobierno de Bolivia las primeras informaciones sobre el reclutamiento de guerrilleros valiéndose de su amistad con el minero Moisés Guevara, lugarteniente del Che.

De los implicados en el asesinato, el general Barrientos murió en un accidente de avión. Ovando fue presidente de Bolivia con veleidades nacionalistas. Torres, que derrocó a Ovando, pasaba por ser general de izquierda y fue muerto en Buenos Aires por un grupo paramilitar argentino. Joaquín Zenteno Anaya fue asesinado en pleno centro de París por un grupo comando. Gary Prado vive en Estados Unidos y ha publicado sus memorias.

UNA

Por Osvaldo Soriano

Veinte años atrás, cuando el general boliviano Alfredo Ovando ordenó la ejecución a sangre fría del Che Guevara, la historia de este continente se llenó de espanto y de furia. La imagen de ese argentino muerto en la selva a los 39 años, hacedor con Fidel Castro de la revolución cubana, dio la vuelta al mundo asociada a la idea que los hombres se habían hecho del Cristo Redentor: los ojos entreabiertos en la última foto, el pelo largo, la barba desmañada, los dientes perfectos en un rictus de sonrisa postrera.

Ya nadie recuerda quién sacó aquella fotografía, ni la otra, la que iba a convertirse en el poster más vendido de la historia, el que todavía puede verse en las habitaciones de tantos jóvenes, en los campus universitarios de Buenos Aires a Roma, de Río de Janeiro a Oslo. Pero es mucho más que eso lo que nos queda: el Che publicó en vida sus *Relatos de la guerra revolucionaria*, que llegaron a ser de lectura obligatoria para los jóvenes que a fines de la década iban a lanzarse alegremente a la conquista del poder en casi todo el continente.

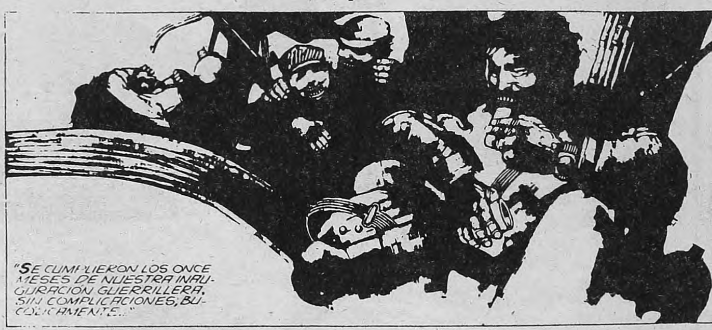
Un año después del asesinato estalló el Mayo francés. La revuelta, que por ser francesa repercutió en el mundo entero, tenía orígenes anarquistas, pero estaba recorrida por el fantasma del Che. Sus palabras se adherían a los muros de París, de Londres, de Bolognia,pero sobre todo entraban en la conciencia de aquellos jóvenes que estaban convencidos de poder cambiar un mundo sin moral ni justicia.

Allí la revolución tenía la cara del Che, leía a Sartre y Fanon y escuchaba a los Beatles. En América latina prefería las ficciones de Julio Cortázar y Gabriel García Márquez y la música de Alfredo Zitarrosa y Víctor Jara, de Chico Buarque y Silvio Rodríguez. A comienzos de los '70 estaban en armas los Montoneros, los Tupamaros, los sandinistas, los trotskistas peruanos, los marxistas colombianos y salvadoreños, y en todas partes aparecía un foco nuevo de insurrección. La Doctrina de Seguridad Nacional, enseñada por los norteamericanos en la Escuela de Guerra del canal de Panamá, preparaba a los militares de todo el continente para la represión.

En Bolivia, donde había caído el Che, el general Juan José Torres instauró un gobierno socializante que tuvo breves soviets de soldados y mineros antes de caer derribado por la burguesía y los campesinos. En Brasil, la dictadura militar iniciada en 1964 desmembró a las guerrillas urbanas y estableció un orden de crecimiento férreo y sostenido. En Perú hubo un serio intento nacionalista encabezado por el general Velazco Alvarado, que luego fue traicionado y depuesto. En Chile, donde había una tradición democrática, el socialista Salvador Allende llegó al gobierno por elecciones con el apoyo de comunistas y cristianos de izquierda. En Uruguay creció la guerrilla de los Tupamaros y se formó el Frente Amplio, una coalición de la izquierda legal que amenazó la hegemonía de los partidos tradicionales. En la Argentina, donde la confusión fue mayor, Perón regresó al poder en 1973, luego de 18 años de exilio, gracias a la ofensiva guerrillera de los Montoneros y del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo, que sostenía la tesis de la guerra popular prolongada. La estabilidad de las presuntas democracias vaciló en Venezuela y Colombia y el Ecuador se volvió ingobernable. En Panamá tomó el poder un coronel nacionalista y aventurero que fascinó a Graham Greene, Omar Torrijos.

Aquella fue una de las décadas más turbulentas. Bruscamente aparecieron desde el fondo de los tiempos los fantasmas de los fundadores: Bolívar, San Martín, Artigas, José Martí, esta vez enarbolados por los jóvenes que los habían conocido, impolutos,

1







En 1968, en España, aparece publicada en edición rústica, una historieta titulada **La vida del Che**. Su guionista es el desaparecido Héctor Oesterheld; sus dibujantes Alberto y Enrique Breccia. Ese libro, considerado por los especialistas como decisivo para la historia del comic, acaba de reeditarse, ahora, en Bilbao, también España, en una edición de lujo del editor Ernesto Santolaya para Ikusager Ediciones. Esta edición vasca de **La vida del Che** respeta su versión original, primer trabajo de Breccia hijo y una realización de Breccia padre previa a **El Eternauta**. Las imágenes del último capítulo de la reeditada vida del Che ilustran este suplemento dedicado, igualmente, a su controvertida figura.



TESTIMONIO DE LA CAPTURA Y ASESINATO DEL CHE

El Che Guevara fue capturado a las once de la mañana del 8 de octubre de 1967 junto a dos guerrilleros bolivianos: Simón *Willie* Cuba y el profesor Aniceto Reynaga. El profesor estaba herido, como el Che, y se había quedado ciego. La patrulla de la compañía B de un batallón de morteros, estaba compuesta por los soldados Balboa, Choque y Encinas. El Che llevaba una carabina M-1 de fabricación norteamericana, número 744-520, que estaba dañada por un impacto de bala. Al principio, cuando supieron que se trataba del Che, los soldados, asustados, estuvieron a punto de liberarlo. Fue Choque el que se opuso y golpeó al comandante con su fusil. ``No sea cobarde, hombre –le dijo el Che–, no me golpee. Pero si quiere, dispare...''

Choque dio parte al sargento Bernardino Huanca y éste avisó al capitán Gary Prado, quien fue el primero en interrogar al jefe de los insurrectos. Luego llevaron a los tres guerrilleros hasta Higuera, un pueblo de 30 casas y doscientos habitantes. Una de las primeras guardias la cumplió el soldado Alliaga, quien luego proporcionó estas informaciones. El coronel Andrés Selich interrogó luego al Che, pero el texto del diálogo se desconoce y es de creer, que fue remitido a Washington por los agentes de la CIA que acompañaban a los oficiales bolivianos. Un teniente llamado Pérez Panoso se acercó al Che, que estaba tirado en un aula de la escuela donde lo encerraron junto a los cadáveres de los guerrilleros cubanos y le dijo ``¡Mito! Ahora estás preso. ¿Donde está el mito del Che?''. Luego lo golpeó y el herido le devolvió el ataque desde el suelo con un escupitajo. Otro que golpeó al Che indefenso fue un teniente de apellido Espinoza. Casi todos ellos fueron retratados junto al Che por el agente de la CIA Félix Ramos. Las placas fueron también enviadas a Estados Unidos.

La orden de ejecución del Che fue transmitida por el general Alfredo Ovando el 9 de octubre de 1967 desde La Paz. Decía, simplemente, *saluden a papá*. El asesinato se había decidido en una reunión del alto mando convocada por el presidente René Barrientos. Estaban allí los generales Ovando, Juan José Torres y Marcos Vázquez Sempértegui; los comandantes de marina y aeronáutica, el jefe de la CIA en Bolivia, John S. Tilton y el responsable de la misión norteamericana en La Paz.

Fueron Torres y Vázquez Sempértegui quienes propusieron la ``solución final'', a la que nadie se opuso. El mensaje llegó por radio a la aldea de Higueras, donde el Che estaba herido y bajo custodia en una escuela. El coronel Miguel Ayoroa Montano recibió la orden y se la transmitió al teniente Pérez Panoso. Este, a su vez, encargó la ejecución al suboficial Mario Terán Ortuño y al sargento Bernardino Huanca.

Primero murieron los dos compañeros del Che. Terán le dio un tiro en la cabeza a *Willie* Cuba; el sargento Huanca disparó contra Aniceto Reynaga, encerrado en un aula vecina a la del Che. Para matar al comandante Ernesto Guevara, Terán buscó una carabina M-2, que dispara por ráfagas.

EL RELATO

A principios de 1968, el ex ministro de Bolivia, Antonio Arguedas –tal vez un espía doble–, que luego fugó a Cuba con las fotocopias del *Diario* del Che, habló en La Paz con el propio Terán y recogió su testimonio que se conoció en junio de 1970 a través de la agencia Prensa Latina.

Según Arguedas, ``Terán es un hombre bajito, de un metro sesenta de estatura. Debe pesar 65 kilos; es de nariz afilada, bigote ralo, tez morena y ojos pequeños de color castaño''.

Mario Terán Ortuño estaba en la capital de Bolivia por un reclamo: el ejército –decía– se había confundido al entregar el premio por la ejecución del guerrillero y fue otro el Terán enviado a disfrutar de una beca junto a los Boinas Verdes. A él sólo le habían dado un reloj de ochenta pesos''. Arguedas escuchó el relato del suboficial sobre el asesinato y lo reprodujo así:

``Cuando llegué al aula, el Che estaba sentado en un banco. Al verme, dijo: '*Usted ha venido a matarme*'. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: '*¿Qué han dicho los otros?*' Le respondí que no habían dicho nada y él comentó: '*¡Eran unos valientes!*' Yo no me atrevía a disparar. En un momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se me echaba encima y cuando me miró fijamente me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. '*¡Póngase sereno* –me dijo– *y apunte bien! ¡Va usted a matar a un hombre!*. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos, y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y en el corazón. Ya estaba muerto.''

El fusil del Che fue a parar a manos del coronel Zenteno Anaya, el reloj, un Rolex, a la muñeca de Ovando y la pipa al bolsillo del sargento Bernardino Huanca.

Según Arguedas fue el militante chinoísta Alberto Rivera quien proporcionó al gobierno de Bolivia las primeras informaciones sobre el reclutamiento de guerrilleros valiéndose de su amistad con el minero Moisés Guevara, lugarteniente del Che.

De los implicados en el asesinato, el general Barrientos murió en un accidente de avión. Ovando fue presidente de Bolivia con veleidades nacionalistas. Torres, que derrocó a Ovando, pasaba por ser general de izquierda y fue muerto en Buenos Aires por un grupo paramilitar argentino. Joaquín Zenteno Anaya fue asesinado en pleno centro de París por un grupo comando. Gary Prado vive en Estados Unidos y ha publicado sus memorias.

UNA UTOPIA INCONCLUSA

Por Osvaldo Soriano

Veinte años atrás, cuando el general boliviano Alfredo Ovando ordenó la ejecución a sangre fría del Che Guevara, la historia de este continente se llenó de espanto y de furia. La imagen de ese argentino muerto en la selva a los 39 años, hacedor con Fidel Castro de la revolución cubana, dio la vuelta al mundo asociada a la idea que los hombres se habían hecho del Cristo Redentor: los ojos entreabiertos en la última foto, el pelo largo, la barba desmañada, los dientes perfectos en un rictus de sonrisa postrera.

Ya nadie recuerda quién sacó aquella fotografía, ni la otra, la que iba a convertirse en el poster más vendido de la historia, el que todavía puede verse en las habitaciones de tantos jóvenes, en los campus universitarios de Buenos Aires a Roma, de Río de Janeiro a Oslo. Pero es mucho más que eso lo que nos queda: el Che publicó en vida sus *Relatos de la guerra revolucionaria*, que llegaron a ser de lectura obligatoria para los jóvenes que a fines de la década iban a lanzarse alegremente a la conquista del poder en casi todo el continente.

Un año después del asesinato estalló el Mayo francés. La revuelta, que por ser francesa repercutió en el mundo entero, tenía orígenes anarquistas, pero estaba recorrida por el fantasma del Che. Sus palabras se adherían a los muros de París, de Londres, de Bolognia,pero sobre todo entraban en la conciencia de aquellos jóvenes que estaban convencidos de poder cambiar un mundo sin moral ni justicia.

Allí la revolución tenía la cara del Che, leía a Sartre y Fanon y escuchaba a los Beatles. En América latina prefería las ficciones de Julio Cortázar y Gabriel García Márquez y la música de Alfredo Zitarrosa y Víctor Jara, de Chico Buarque y Silvio Rodríguez. A comienzos de los '70 estaban en armas los Montoneros, los Tupamaros, los sandinistas, los trotskistas peruanos, los marxistas colombianos y salvadoreños, y en todas partes aparecía un foco nuevo de insurrección. La Doctrina de Seguridad Nacional, enseñada por los norteamericanos en la Escuela de Guerra del canal de Panamá, preparaba a los militares de todo el continente para la represión.

En Bolivia, donde había caído el Che, el general Juan José Torres instauró un gobierno socializante que tuvo breves soviets de soldados y mineros antes de caer derribado por la burguesía y los campesinos. En Brasil, la dictadura militar iniciada en 1964 desmembró a las guerrillas urbanas y estableció un orden de crecimiento férreo y sostenido. En Perú hubo un serio intento nacionalista encabezado por el general Velazco Alvarado, que luego fue traicionado y depuesto. En Chile, donde había una tradición democrática, el socialista Salvador Allende llegó al gobierno por elecciones con el apoyo de comunistas y cristianos de izquierda. En Uruguay creció la guerrilla de los Tupamaros y se formó el Frente Amplio, una coalición de la izquierda legal que amenazó la hegemonía de los partidos tradicionales. En la Argentina, donde la confusión fue mayor, Perón regresó al poder en 1973, luego de 18 años de exilio, gracias a la ofensiva guerrillera de los Montoneros y del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo, que sostenía la tesis de la guerra popular prolongada. La estabilidad de las presuntas democracias vaciló en Venezuela y Colombia y el Ecuador se volvió ingobernable. En Panamá tomó el poder un coronel nacionalista y aventurero que fascinó a Graham Greene, Omar Torrijos.

Aquella fue una de las décadas más turbulentas. Bruscamente aparecieron desde el fondo de los tiempos los fantasmas de los fundadores: Bolívar, San Martín, Artigas, José Martí, esta vez enarbolados por los jóvenes que los habían conocido, impolutos, en los textos escolares. Los héroes de la independencia tenían otras voces ahora: se habían vuelto más humanos y hablaban de los pobres y de los indios; eran los precursores de la Gran Patria Americana.

De pronto, los muchachos de América latina se sentían orgullosos de ser de aquí y estaban dispuestos a morir para ser libres. Todo el mundo progresista los miraba con admiración y hasta con envidia, y si perdían alguna batalla las puertas de Europa y de Cuba estaban abiertas para acogerlos y escucharlos. A mediados de los años setenta empezaron a oírse los ecos en Alemania Federal, Italia, España y en Francia otra vez. Esos ecos sonaban como estampidos. Cayó el régimen de Salazar y la burguesía de Portugal tembló con la Revolución de los Claveles. Europa, tan segura de sí misma, se dejó tentar hasta que llegó la gran depresión económica de 1973. Entonces se produjo el derrumbe de las ilusiones, el fin de una época en la que todos los sueños habían sido posibles. El Che Guevara iba a morir de nuevo y esta vez esa muerte sería más duradera.

El ocaso de las ilusiones

¿Qué significa hoy el Che para los jóvenes que crecieron durante las dictaduras de Pinochet, Videla, Morales Bermúdez, Stroessner, Duvalier? En la Argentina de Raúl Alfonsín, en el Uruguay de Julio Sanguinetti, en la transición brasileña de José Sarney, o en la Bolivia libreempresaria de Paz Estenssoro, el Che parece ser, a primera vista, sólo ese poster que también se compra en Italia o en Noruega. Al menos eso dicen los pragmáticos muchachos de los años ochenta. Con la derrota llegó el desencanto. Las nuevas democracias son turbulentas, grises y avaras. La deuda externa condiciona el crecimiento y también la reflexión.

Han pasado veinte años de la muerte del Che, pero parece que hiciera un siglo. La fascinación ante las nuevas tecnologías, sobre las que el Tercer Mundo, tal como está, nunca podrá tener control político, hace aparecer a las ideas de izquierda como viejas y poco atractivas. Por primera vez la derecha –a veces encubierta, porque todavía no ha recuperado el prestigio– se ha apoderado de las banderas del futuro. Quedan del otro lado las ideas generosas de los derechos humanos, los reclamos de justicia por los crimenes de los militares, pero sólo en El Salvador y en Colombia sigue la guerra. La ofensiva de Sendero Luminoso, en cambio, escapa a la comprensión de la izquierda tradicional porque en Perú los métodos son más brutales que en cualquier otra parte y los sublevados reivindican los valores más indescifrables en este lado del mundo, esos que se vinculan con Mao Tse-Tung, Stalin y caprichosamente con el depuesto dictador de Camboya, Pol Pot.

En el tortuoso camino de la liberación, cuando todas las revoluciones retrocedían, hubo una victoria solitaria en Nicaragua, donde los sandinistas tomaron el poder en 1979. También allí, en una de las zonas más pobres del continente, hay una guerra, pero defensiva, en la que el gobierno trata de estabilizar el nuevo sistema ante los ataques de los contras apoyados por la CIA. En Nicaragua el héroe de la revolución se llamaba Rubén Fonseca, un admirador del Che Guevara que creó las guerrillas hace un cuarto de siglo y cayó en combate en 1976, tres años antes de la victoria.

Es imposible aplicar un mismo criterio de análisis para todo el continente. Algunos países han vuelto a la democracia liberal y allí el Che es un símbolo, un ornamento permitido en cualquier parte. En Chile, en cambio, nadie mostraría una imagen del guerrillero sin que el régimen lo tome por un militante de la organización Manuel Rodríguez, que intentó matar a Pinochet el año pasado.

La imagen de la utopía

Es en Cuba donde el Che dejó su marca imborrable. Es un mito, cierto, pero está en todas partes y si su presencia se ha congelado con la institucionalización del marxismo, no es menos cierto que cuando los cubanos necesitan un ejemplo de heroísmo acuden a la memoria del Che. Fue bastante impresionante verlo en las pantallas de los cines, en 1981, cuando el gobierno temía un ataque norteamericano y mantenía a la población en pie de guerra. En los cines y en la televisión se repetían los combates filmados en Playa Girón, cuando el desembarco conducido por la CIA. Allí estaba el Che, muy joven, disparando un arma, como casi toda su vida. Es muy fácil cuestionarlo ahora, después de tantas derrotas, empezando por la suya en Bolivia. Tal vez no le interesaba gobernar y por eso les confió sus hijos a los cubanos para irse a la selva, detrás de una esperanza, con un puñado de internacionalistas andrajosos y mal alimentados.

El Che levantó las banderas de la utopía y en sus textos –como en su diario– aparece una visión algo ingenua del mundo. Pero creía en la victoria, e hizo que muchos otros también creyeran. Había algo de religioso en él, algo de profundamente cuestionable y quizá sea cierto que su ejemplo arrastró a muchos jóvenes a una muerte inevitable. Pero otros, como los sandinistas, llegaron a la victoria cuando ya nadie creía en el camino de la lucha armada. Es por eso que en las sociedades más desesperadas el Che tendrá vigencia siempre. Veinte años después de su muerte muchos lo han abandonado, pero otros siguen sus pasos donde la libertad es todavía una palabra sin sentido. Mucha gente cuenta que, en el fondo, el Che era de una gran candidez: ese hombre creía a pie juntillas en la capacidad de los pueblos para discernir cuál es su destino histórico.

Con el tiempo ese sentido casi religioso de la igualdad puede hacer sonreír. Parece de fábula aquel personaje que repartía un caramelo entre cuatro camaradas para que nadie tuviera más que el otro. Y sin embargo no era un ser angelical: quienes presenciaron los juicios posteriores a la revolución cubana, en 1959, lo recuerdan sentado a una mesa juzgando a torturadores y delatores que iban a ser ejecutados por una palabra suya.

En Cuba, el Che fue uno de los tres comandantes de más valor y prestigio junto a Castro y Camilo Cienfuegos. Hacia 1965, bruscamente, salió de la escena política. Muchos creyeron que se trataba de un ajuste de cuentas entre los jefes de la revolución. Cuando su nombre empezó a andar de boca en boca en Bolivia, hubo quienes pensaron en un imitador demente. Recién el último año de su vida hubo testimonios indudables de que el Che era el jefe de una nueva revolución. Se han escrito miles de páginas sobre los errores cometidos por los guerrilleros en Bolivia y en el diario del propio Guevara hay pruebas de la infinita soledad en que lo dejaron los campesinos que más lo necesitaban.

Cuando la tropa regular lo atrapó, casi por casualidad, muerta de miedo, es posible que el Che, disminuido por el hambre y el asma, haya intuido el final de su epopeya. No imaginaba lo que iba a desatar con su muerte, pero es seguro que hoy no renegaría de su vida revolucionaria. No tenía cuarenta años y había conmovido al continente como nadie desde los tiempos de la independencia.

Muchos teóricos de los 60 han escrito y debatido sobre las tácticas y las estrategias para sublevar a las masas. Algunos, como Regis Debray, que acompañó a Guevara en Bolivia, renegaron luego de sus años rebeldes. Cualquiera sea el juicio que merezca hoy el hombre asesinado a quemarropa el 9 de octubre de 1967, nadie puede negar que lo más ejemplar de su historia es la fidelidad a una causa que reivindicaba por encima de todo la justicia y la libertad.

El día que supo de la muerte del Che, Julio Cortázar –que le había dedicado su memorable cuento ``Reunión'' en el volumen *Todos los fuegos el fuego*–, le escribió este poema hoy casi olvidado:

Yo tuve un hermano
No nos vimos nunca
pero no importaba.

Yo tuve un hermano
que iba por los montes
mientras yo dormía.

Lo quise a mi modo,
le tomé su voz
libre como el agua.
Caminé de a ratos
cerca de su sombra.

No nos vimos nunca
pero no importaba:
mi hermano despierto
mientras yo dormía.

Mi hermano mostrándome
detrás de la noche
su estrella elegida.













En 1968, en España, aparece publicada en edición rústica, una historieta titulada **La vida del Che**. Su guionista es el desaparecido Héctor Oesterheld; sus dibujantes Alberto y Enrique Breccia. Ese libro, considerado por los especialistas como decisivo para la historia del comic, acaba de reeditarse, ahora, en Bilbao, también España, en una edición de lujo del editor Ernesto Santolaya para Ikusager Ediciones. Esta edición vasca de **La vida del Che** respeta su versión original, primer trabajo de Breccia hijo y una realización de Breccia padre previa a **El Eternauta**. Las imágenes del último capítulo de la reeditada vida del Che ilustran este suplemento dedicado, igualmente, a su controvertida figura.

UTOPIA INCONCLUSA

en los textos escolares. Los héroes de la independencia tenían otras voces ahora: se habían vuelto más humanos y hablaban de los pobres y de los indios: eran los precursores de la Gran Patria Americana.

De pronto, los muchachos de América latina se sentían orgullosos de ser de aquí y estaban dispuestos a morir para ser libres. Todo el mundo progresista los miraba con admiración y hasta con envidia, y si perdían alguna batalla las puertas de Europa y de Cuba estaban abiertas para acogerlos y escucharlos. A mediados de los años setenta empezaron a oírse los ecos en Alemania Federal, Italia, España y en Francia otra vez. Esos ecos sonaban como estampidos. Cayó el régimen de Salazar y la burguesía de Portugal tembló con la Revolución de los Claveles. Europa, tan segura de sí misma, se dejó tentar hasta que llegó la gran depresión económica de 1973. Entonces se produjo el derrumbe de las ilusiones, el fin de una época en la que todos los sueños habían sido posibles. El Che Guevara iba a morir de nuevo y esta vez esa muerte sería más duradera.

El ocaso de las ilusiones

¿Qué significa hoy el Che para los jóvenes que crecieron durante las dictaduras de Pinochet, Videla, Morales Bermúdez, Stroessner, Duvalier? En la Argentina de Raúl Alfonsín, en el Uruguay de Julio Sanguinetti, en la transición brasileña de José Sarney, o en la Bolivia librempresaria de Paz Estenssoro, el Che parece ser, a primera vista, sólo ese poster que también se compra en Italia o en Noruega. Al menos eso dicen los pragmáticos muchachos de los años ochenta. Con la derrota llegó el desencanto. Las nuevas democracias son turbulentas, grises y avaras. La deuda externa condiciona el crecimiento y también la reflexión.

Han pasado veinte años de la muerte del Che, pero parece que hiciera un siglo. La fascinación ante las nuevas tecnologías, sobre las que el Tercer Mundo, tal como está, nunca podrá tener control político, hace aparecer a las ideas de izquierda como viejas y poco atractivas. Por primera vez la derecha –a veces encubierta, porque todavía no ha recuperado el prestigio– se ha apoderado de las banderas del futuro. Quedan del otro lado las ideas generosas de los derechos humanos, los reclamos de justicia por los crímenes de los militares, pero sólo en El Salvador y en Colombia sigue la guerra. La ofensiva de Sendero Luminoso, en cambio, escapa a la comprensión de la izquierda tradicional porque en Perú los métodos son más brutales que en cualquier otra parte y los sublevados reivindican los valores más indescifrables en este lado del mundo, esos que se vinculan con Mao Tse-Tung, Stalin y caprichosamente con el depuesto dictador de Camboya, Pol Pot.

En el tortuoso camino de la liberación, cuando todas las revoluciones retrocedían, hubo una victoria solitaria en Nicaragua, donde los sandinistas tomaron el poder en 1979. También allí, en una de las zonas más pobres del continente, hay una guerra, pero defensiva, en la que el gobierno trata de estabilizar el nuevo sistema ante los ataques de los contras apoyados por la CIA. En Nicaragua el héroe de la revolución se llamaba Rubén Fonseca, un admirador del Che Guevara que creó las guerrillas hace un cuarto de siglo y cayó en combate en 1976, tres años antes de la victoria.

Es imposible aplicar un mismo criterio de análisis para todo el continente. Algunos países han vuelto a la democracia liberal y allí el Che es un símbolo, un ornamento permitido en cualquier parte. En Chile, en cambio, nadie mostraría una imagen del guerrillero sin que el régimen lo tome por un militante de la organización Manuel Rodríguez, que intentó matar a Pinochet el año pasado.

2







La imagen de la utopía

Es en Cuba donde el Che dejó su marca imborrable. Es un mito, cierto, pero está en todas partes y si su presencia se ha congelado con la institucionalización del marxismo, no es menos cierto que cuando los cubanos necesitan un ejemplo de heroísmo acuden a la memoria del Che. Fue bastante impresionante verlo en las pantallas de los cines, en 1981, cuando el gobierno temía un ataque norteamericano y mantenía a la población en pie de guerra. En los cines y en la televisión se repetían los combates filmados en Playa Girón, cuando el desembarco conducido por la CIA. Allí estaba el Che, muy joven, disparando un arma, como casi toda su vida. Es muy fácil cuestionarlo ahora, después de tantas derrotas, empezando por la suya en Bolivia. Tal vez no le interesaba gobernar y por eso les confió sus hijos a los cubanos para irse a la selva, detrás de una esperanza, con un puñado de internacionalistas andrajosos y mal alimentados.

El Che levantó las banderas de la utopía y en sus textos –como en su diario– aparece una visión algo ingenua del mundo. Pero creía en la victoria, e hizo que muchos otros también creyeran. Había algo de religioso en él, algo de profundamente cuestionable y quizá sea cierto que su ejemplo arrastró a muchos jóvenes a una muerte inevitable. Pero otros, como los sandinistas, llegaron a la victoria cuando ya nadie creía en el camino de la lucha armada. Es por eso que en las sociedades más desesperadas el Che tendrá vigencia siempre. Veinte años después de su muerte muchos lo han abandonado, pero otros siguen sus pasos donde la libertad es todavía una palabra sin sentido. Mucha gente cuenta que, en el fondo, el Che era de una gran candidez: ese hombre creía a pie juntillas en la capacidad de los pueblos para discernir cuál es su destino histórico.

Con el tiempo ese sentido casi religioso de la igualdad puede hacer sonreír. Parece de fábula aquel personaje que repartía un caramelo entre cuatro camaradas para que nadie tuviera más que el otro. Y sin embargo no era un ser angelical: quienes presenciaron los juicios posteriores a la revolución cubana, en 1959, lo recuerdan sentado a una mesa juzgando a torturadores y delatores que iban a ser ejecutados por una palabra suya.

En Cuba, el Che fue uno de los tres comandantes de más valor y prestigio junto a Castro y Camilo Cienfuegos. Hacia 1965, bruscamente, salió de la escena política. Muchos creyeron que se trataba de un ajuste de cuentas entre los jefes de la revolución. Cuando su nombre empezó a andar de boca en boca en Bolivia, hubo quienes pensaron en un imitador demente. Recién el último año de su vida hubo testimonios indudables de que el Che era el jefe de una nueva revolución. Se han escrito miles de páginas sobre los errores cometidos por los guerrilleros en Bolivia y en el diario del propio Guevara hay pruebas de la infinita soledad en que lo dejaron los campesinos que más lo necesitaban.

Cuando la tropa regular lo atrapó, casi por casualidad, muerta de miedo, es posible que el Che, disminuido por el hambre y el asma, haya intuido el final de su epopeya. No imaginaba lo que iba a desatar con su muerte, pero es seguro que hoy no renegaría de su vida revolucionaria. No tenía cuarenta años y había conmovido al continente como nadie desde los tiempos de la independencia.

Muchos teóricos de los 60 han escrito y debatido sobre las tácticas y las estrategias para sublevar a las masas. Algunos, como Regis Debray, que acompañó a Guevara en Bolivia, renegaron luego de sus años rebeldes. Cualquiera sea el juicio que merezca hoy el hombre asesinado a quemarropa el 9 de octubre de 1967, nadie puede negar que lo más ejemplar de su historia es la fidelidad a una causa que reivindicaba por encima de todo la justicia y la libertad.

El día que supo de la muerte del Che, Julio Cortázar –que le había dedicado su memorable cuento "Reunión" en el volumen *Todos los fuegos el fuego*–, le escribió este poema hoy casi olvidado:

Yo tuve un hermano
No nos vimos nunca
pero no importaba.

Yo tuve un hermano
que iba por los montes
mientras yo dormía.

Lo quise a mi modo,
le tomé su voz
libre como el agua.
Caminé de a ratos
cerca de su sombra.

No nos vimos nunca
pero no importaba:
mi hermano despierto
mientras yo dormía.

Mi hermano mostrándome
detrás de la noche
su estrella elegida.







3







4

EL ALUCINANTE VIAJE

Por Eduar

"Traidor", le dije. "*Usted es un traidor*". Le mostré el recorte de un diario cubano: él aparecía vestido de *pitcher*, jugando béisbol.

Recuerdo que se rió, nos reímos; si me contestó algo, no sé. La conversación saltaba, como una pelotita de ping-pong, de un tema al otro, de un país al otro, de uno a otro recuerdo, añoranzas de su lejana comarca y experiencias de su vida muy vivida:

–¿Qué pasa con mi mano?

–*Está maldita.*

–¿Maldita?

–*Saludó a Frondizi y Frondizi cayó. Saludó a Janio Quadros y Janio Quadros cayó. Suerte que no tengo de dónde caer* –comentaba yo, poniendo cara de preocupado; y él se reía, fruncía el ceño, se sentaba, se paraba, caminaba por la sala, dejaba caer la ceniza de su habano *cazador* y me apuntaba, con él, al pecho. Con ánimo discutidor, no magisterial, recurría, a veces, a un pizarrón para explicar una idea compleja, y a golpes de tiza dibujaba la polémica en torno del cálculo económico y de la vigencia o caducidad de la ley del valor en la sociedad socialista, o con signos y numeritos bosquejaba el sistema de retribución por normas de producción. Era cáustico como buen argentino, fervoroso como buen cubano: generoso con su verdad, pero en guardia, dispuesto a mostrar los dientes por ella. Una fuerza profunda y hermosa le nacía, sin cesar, de adentro. Se delataba, como todos, por los ojos. Tenía, recuerdo, una mirada limpia, como recién amanecida: esa manera de mirar de los hombres que creen.

Más allá del egoísmo

Creía, sí, en la revolución de América latina, en su doloroso proceso, en su destino; y tenía fe en una nueva condición humana, nacida de una sociedad centrada en la solidaridad y no en la codicia.

Han pasado ya veintitrés años desde aquella entrevista en Cuba, y han pasado veinte desde que él fue atrapado vivo y asesinado en Bolivia. Y no viene mal recordar, ahora, su mensaje esencial: ahora que la moda venera los espejismos de la tecnocracia y los desencantos de los intelectuales, ahora que la buena educación manda identificar la libertad de los negocios con la libertad de las personas y algún prestigioso novelista confunde a los usureros con ángeles custodios de la Democracia. No viene mal recordar, digo, que el Che Guevara fue presidente de un banco, el Banco Central de Cuba, no dedicado a la especulación sino al socialismo, y que en tal carácter firmaba los billetes: no los firmaba Ernesto Guevara, sino *Che*, así no más, para burlarse del dinero. Porque él no creía que el desarrollo económico fuera un fin en sí: el desarrollo de una sociedad tiene sentido si sirve para transformar al hombre, si le multiplica la capacidad creadora, si lo lanza más allá del egoísmo. El tránsito desde el reino de la necesidad hasta el reino de la libertad es un alucinante viaje del *yo* al *nosotros*. Y este viaje no puede realizarlo el capitalismo, porque sacrifica al derecho de propiedad los demás derechos y organiza la vida como una carrera de lobos.

Contra el veneno de la codicia, el más mortal, el que mata por dentro, el Che dijo cuanto dijo, y escribió cuanto escribió, y vivió como vivió y murió como murió. Y éste es el sapo vivo que la civilización del consumo no puede tragarse, aunque ella reduzca la historia latinoamericana a un *western* de colores y convierta a este héroe de nuestro tiempo en un mero tiratiros de gatillo alegre, cuya imagen puede venderse impunemente en los supermercados.

Ser periodista era una lástima

Era agosto de 1964, y estábamos con Reina Reyes y Julio Villegas en su despacho del Ministerio de Industrias. El Che hablaba y uno tenía la impresión de que le subía la temperatura de la sangre, pero manejaba a rienda corta su entusiasmo no bien yo me ponía a tomar anotaciones de lo que decía. Entonces, los ojos fijos en la lapicera que bailaba sobre el papel, prefería el comentario pícaro y cortante, que dejaba escapar después de echar, sonriendo, dos o tres densas bocanadas de humo azul entre los espesos bigotes y la barba raleada. Ser periodista era una lástima: no porque uno se hubiera puesto a trabajar después de tantos días y noches de vértigo sin sueño ni razón, ni por lo nervioso que eso lo ponía a uno, sino porque la fluida comunicación que espontáneamente nacía se cortaba, a cada rato, por culpa de mi oficio. "Estamos conversando entre cubanos y uruguayos", mentía, entonces, el Che, para eludir alguna pregunta indiscreta. Todo hacía evidente, sin embargo, que aquella pasión que en él vibraba tan a flor de piel, había roto las fronteras que otros habían inventado para América latina. Escuchándolo, no podía uno olvidar que aquel hombre había llegado a Cuba después de una larga peregrinación latinoamericana: que había estado, y no como turista, en el torbellino de la naciente revolución boliviana y en la convulsiva agonía de la revolución guatemalteca: que había cargado bananas en Centroamérica y que había sacado fotos y vendido estampitas en las plazas de México, para ganarse la vida, y que, para jugársela, se había lanzado a la aventura del "Gramma".

Un hombre de todo o nada

Celia de la Serna me dijo hace años, en Montevideo, que su hijo había vivido siempre demostrándose a sí mismo que podía hacer todo lo que no podía hacer, y que así había ido puliendo su asombrosa voluntad. Los contínuos ataques de asma le habían interrumpido la escuela en cuarto año, pero siguió dando exámenes por su cuenta, y luego fue brillante estudiante de medicina. A los diecisiete años se ganaba la vida trabajando, escribía poemas (bastante malos) y practicaba, a su manera, el álgebra y la arqueología. Entonces empezó a redactar un diccionario filosófico. A los dieciocho años, el Ejército Argentino lo declaró absolutamente inepto para la vida militar.

Celia, que tanto se le parecía, le tomaba el pelo por intolerante y fanático. Ella me dijo que él actuaba movido por una tremenda necesidad de totalidad y pureza. Así se convirtió en el más puritano de los dirigentes revolucionarios occidentales. En Cuba, era el jacobino de la revolución: "Cuidado, que viene el Che", advertían los cubanos, bromeando pero en serio. *Todo o nada*: agotadoras batallas ha de haber librado este refinado intelectual contra su propia conciencia tentada por la duda: con rigor de monje o de guerrero, iba conquistando certidumbres de hierro.

Con la capacidad de sacrificio de un cristiano de las catacumbas, el Che había elegido un puesto en la primera línea de fuego, y lo había elegido para siempre, sin concederse a sí mismo el beneficio de la duda ni el derecho al cansancio: éste es el insólito caso de un hombre que abandona una revolución ya hecha por él y un puñado de locos, para lanzarse, con otro puñado de locos, a empezar otra. Porque no vivió para el triunfo sino para la pelea, la pelea de nunca acabar contra la indignidad y el hambre, y ni siquiera se hizo el obsequio de volver la cabeza hacia atrás para mirar el hermoso fuego que levantaban sus propias naves quemadas.

El llamado de la sierra

El Che no era hombre de escritorio: era un creador de revoluciones, y se le notaba; no era, o era a pesar suyo, un administrador. Tenía que estallar, de alguna manera, aquella tensión de león enjaulado que su calma, aparente, delataba.

Le faltaba la sierra. Y con eso no quiero decir que no se haya entregado, entero, en cuerpo y alma y sombrero, a las tareas de alta responsabilidad que cumplió en el gobierno de Cuba. Se sospechaba que no dormía nunca; y los domingos cortaba caña como obrero voluntario. Nadie sabe de dónde sacaba tiempo para leer, escribir, polemizar y para pelear con su asma, implacable, que ya había llevado a cuestas en los tiempos de la guerrilla ("La orden de partida –me contó– llegó de golpe, y todos tuvimos que salir de México tal como estábamos, en grupos de a dos o tres. Teníamos un traidor entre nosotros, y







3







4



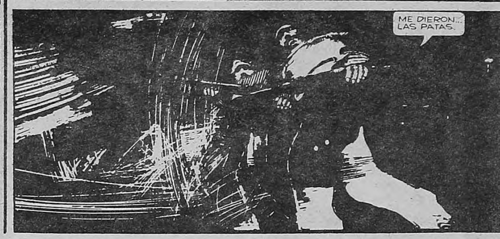




5







6

EL ALUCINANTE VIAJE DEL YO AL NOSOTROS

Por Eduardo Galeano

"Traidor", le dije. "*Usted es un traidor*". Le mostré el recorte de un diario cubano: él aparecía vestido de *pitcher*, jugando béisbol.

Recuerdo que se rió, nos reímos; si me contestó algo, no sé. La conversación saltaba, como una pelotita de ping-pong, de un tema al otro, de un país al otro, de uno a otro recuerdo, añoranzas de su lejana comarca y experiencias de su vida muy vivida:

–¿Qué pasa con mi mano?

–*Está maldita.*

–¿Maldita?

–*Saludó a Frondizi y Frondizi cayó. Saludó a Janio Quadros y Janio Quadros cayó. Suerte que no tengo de dónde caer* –comentaba yo, poniendo cara de preocupado; y él se reía, fruncía el ceño, se sentaba, se paraba, caminaba por la sala, dejaba caer la ceniza de su habano *cazador* y me apuntaba, con él, al pecho. Con ánimo discutidor, no magisterial, recurría, a veces, a un pizarrón para explicar una idea compleja, y a golpes de tiza dibujaba la polémica en torno del cálculo económico y de la vigencia o caducidad de la ley del valor en la sociedad socialista, o con signos y numeritos bosquejaba el sistema de retribución por normas de producción. Era cáustico como buen argentino, fervoroso como buen cubano: generoso con su verdad, pero en guardia, dispuesto a mostrar los dientes por ella. Una fuerza profunda y hermosa le nacía, sin cesar, de adentro. Se delataba, como todos, por los ojos. Tenía, recuerdo, una mirada limpia, como recién amanecida: esa manera de mirar de los hombres que creen.

Más allá del egoísmo

Creía, sí, en la revolución de América latina, en su doloroso proceso, en su destino; y tenía fe en una nueva condición humana, nacida de una sociedad centrada en la solidaridad y no en la codicia.

Han pasado ya veintitrés años desde aquella entrevista en Cuba, y han pasado veinte desde que él fue atrapado vivo y asesinado en Bolivia. Y no viene mal recordar, ahora, su mensaje esencial: ahora que la moda venera los espejismos de la tecnocracia y los desencantos de los intelectuales, ahora que la buena educación manda identificar la libertad de los negocios con la libertad de las personas y algún prestigioso novelista confunde a los usureros con ángeles custodios de la Democracia. No viene mal recordar, digo, que el Che Guevara fue presidente de un banco, el Banco Central de Cuba, no dedicado a la especulación sino al socialismo, y que en tal carácter firmaba los billetes: no los firmaba Ernesto Guevara, sino *Che*, así no más, para burlarse del dinero. Porque él no creía que el desarrollo económico fuera un fin en sí: el desarrollo de una sociedad tiene sentido si sirve para transformar al hombre, si le multiplica la capacidad creadora, si lo lanza más allá del egoísmo. El tránsito desde el reino de la necesidad hasta el reino de la libertad es un alucinante viaje del *yo* al *nosotros*. Y este viaje no puede realizarlo el capitalismo, porque sacrifica al derecho de propiedad los demás derechos y organiza la vida como una carrera de lobos.

Contra el veneno de la codicia, el más mortal, el que mata por dentro, el Che dijo cuanto dijo, y escribió cuanto escribió, y vivió como vivió y murió como murió. Y éste es el sapo vivo que la civilización del consumo no puede tragarse, aunque ella reduzca la historia latinoamericana a un *western* de colores y convierta a este héroe de nuestro tiempo en un mero tiratiros de gatillo alegre, cuya imagen puede venderse impunemente en los supermercados.

Ser periodista era una lástima

Era agosto de 1964, y estábamos con Reina Reyes y Julio Villegas en su despacho del Ministerio de Industrias. El Che hablaba y uno tenía la impresión de que le subía la temperatura de la sangre, pero manejaba a rienda corta su entusiasmo no bien yo me ponía a tomar anotaciones de lo que decía. Entonces, los ojos fijos en la lapicera que bailaba sobre el papel, prefería el comentario pícaro y cortante, que dejaba escapar después de echar, sonriendo, dos o tres densas bocanadas de humo azul entre los espesos bigotes y la barba raleada. Ser periodista era una lástima: no porque uno se hubiera puesto a trabajar después de tantos días y noches de vértigo sin sueño ni razón, ni por lo nervioso que eso lo ponía a uno, sino porque la fluida comunicación que espontáneamente nacía se cortaba, a cada rato, por culpa de mi oficio. "Estamos conversando entre cubanos y uruguayos", mentía, entonces, el Che, para eludir alguna pregunta indiscreta. Todo hacía evidente, sin embargo, que aquella pasión que en él vibraba tan a flor de piel, había roto las fronteras que otros habían inventado para América latina. Escuchándolo, no podía uno olvidar que aquel hombre había llegado a Cuba después de una larga peregrinación latinoamericana: que había estado, y no como turista, en el torbellino de la naciente revolución boliviana y en la convulsiva agonía de la revolución guatemalteca; que había cargado bananas en Centroamérica y que había sacado fotos y vendido estampitas en las plazas de México, para ganarse la vida, y que, para jugársela, se había lanzado a la aventura del "Gramma".

Un hombre de todo o nada

Celia de la Serna me dijo hace años, en Montevideo, que su hijo había vivido siempre demostrándose a sí mismo que podía hacer todo lo que no podía hacer, y que así había ido puliendo su asombrosa voluntad. Los contínuos ataques de asma le habían interrumpido la escuela en cuarto año, pero siguió dando exámenes por su cuenta, y luego fue brillante estudiante de medicina. A los diecisiete años se ganaba la vida trabajando, escribía poemas (bastante malos) y practicaba, a su manera, el álgebra y la arqueología. Entonces empezó a redactar un diccionario filosófico. A los dieciocho años, el Ejército Argentino lo declaró absolutamente inepto para la vida militar.

Celia, que tanto se le parecía, le tomaba el pelo por intolerante y fanático. Ella me dijo que él actuaba movido por una tremenda necesidad de totalidad y pureza. Así se convirtió en el más puritano de los dirigentes revolucionarios occidentales. En Cuba, era el jacobino de la revolución: "Cuidado, que viene el Che", advertían los cubanos, bromeando pero en serio. *Todo o nada*: agotadoras batallas ha de haber librado este refinado intelectual contra su propia conciencia tentada por la duda: con rigor de monje o de guerrero, iba conquistando certidumbres de hierro.

Con la capacidad de sacrificio de un cristiano de las catacumbas, el Che había elegido un puesto en la primera línea de fuego, y lo había elegido para siempre, sin concederse a sí mismo el beneficio de la duda ni el derecho al cansancio: éste es el insólito caso de un hombre que abandona una revolución ya hecha por él y un puñado de locos, para lanzarse, con otro puñado de locos, a empezar otra. Porque no vivió para el triunfo sino para la pelea, la pelea de nunca acabar contra la indignidad y el hambre, y ni siquiera se hizo el obsequio de volver la cabeza hacia atrás para mirar el hermoso fuego que levantaban sus propias naves quemadas.

El llamado de la sierra

El Che no era hombre de escritorio: era un creador de revoluciones, y se le notaba: no era, o era a pesar suyo, un administrador. Tenía que estallar, de alguna manera, aquella tensión de león enjaulado que su calma. aparente, delataba.

Le faltaba la sierra. Y con eso no quiero decir que no se haya entregado, entero, en cuerpo y alma y sombrero, a las tareas de alta responsabilidad que cumplió en el gobierno de Cuba. Se sospechaba que no dormía nunca; y los domingos cortaba caña como obrero voluntario. Nadie sabe de dónde sacaba tiempo para leer, escribir, polemizar y para pelear con su asma, implacable, que ya había llevado a cuestas en los tiempos de la guerrilla ("La orden de partida –me contó– llegó de golpe, y todos tuvimos que salir de México tal como estábamos, en grupos de a dos o tres. Teníamos un traidor entre nosotros, y Fidel había ordenado la salida súbita, para evitar que el traidor pudiera avisar a la policía. Aquel traidor.. todavía no sabemos quién era. Y así fue que me tuve que ir sin el inhalador, y durante la travesía me vino un ataque de asma tan espantoso que no sé cómo hice para llegar").

Los tres caballos

El Che hacía lo que decía, decía lo que pensaba y pensaba como vivía. Todos los cubanos lo sabían, todos lo veían.

Candela, el chofer que nos acompañó todo a lo largo de Cuba, al volante de un lujoso Cadillac recién expropiado, solía llamarlo "caballo". Este supremo elogio a la cubana sólo se aplicaba, en su boca, a tres personas: Fidel, el Che y Shakespeare. La divulgación popular del teatro estaba dando frutos de esta manera más bien imprevista: cada dos por tres, Candela entraba en trance y se ponía a hablar, torrencialmente, del dramaturgo isabelino ("Se pronuncia de varias maneras; los yanquis le dicen Chéspir") y de sus obras, que bien conocía: "Qué va. Ese sí que era un caballo, chico. Un caballo: muy filósofo en la escritura, y muy didáctico, sí señó".

El más crítico, el más filoso

El Che tenía varias obsesiones, y una obsesión en el centro de todas las demás: la mística del socialismo en marcha, la fe del pueblo en el mundo nuevo que nace, debe ser el motor del desarrollo. El desconfiaba de los estímulos materiales, y en la entrevista me lo dijo así, con todas las letras:

–Hay sistemas de retribución que pueden darle a cada cual la esperanza de llegar a ser Rockefeller.

También renegó del sistema de cálculo económico, y negó la vigencia de la ley del valor en el tránsito al socialismo:

–Este es un período decisivo para Cuba –me dijo–. Y no podemos, no debemos, olvidar que existe un peligro de retorno al capitalismo. Otros casos lo demuestran.

Este tema lo indignaba. Durante nuestra conversación, no llamó "compañeros" sino "señores" a quienes querían llevar adelante una línea opuesta a la suya en el proceso económico de la revolución.

Con el mismo estilo, filoso, peleón, atacaba sus propios errores:

–Fue un disparate apurarse tanto con la industrialización. Quisimos sustituir todas las importaciones de golpe, por la vía de la fabricación de productos terminados. Queríamos acabar de una vez con la dictadura del azúcar. Y sí, es verdad que el monocultivo es subdesarrollo: pero no vimos las complicaciones, enormes, que trae la importación de los productos intermedios.

Sobre la Coca-Cola fabricada en Cuba, me repitió lo que poco antes había dicho por televisión:

–Sabe a jarabe de pecho.

La irreverencia del Che no perdonaba a nadie. A los dirigentes comunistas que acudían a Cuba en incesante peregrinación, solía recordarles que las revoluciones se hacen y no se dicen, que la misión de los partidos comunistas es estar a la vanguardia de la revolución (sonrisas satisfechas)... pero que lamentablemente ocurre que, en casi toda América Latina, están a la retaguardia (silencios rencorosos).

Pero quizás por nostalgia, por defenderse de los tirones del terruño perdido, mitad venganza, mitad homenaje, los argentinos eran el blanco predilecto de sus más ácidos comentarios. Suya era la malvada iniciativa de financiar la revolución latinoamericana comprando a ciertos argentinos de Buenos Aires por lo que valen y vendiéndolos por lo que creen que valen.

Cuba como vitrina o catapulta

–*El destino de Cuba parece íntimamente ligado al destino de la revolución latinoamericana* –le comenté–. *Cuba no puede ser coagulada dentro de fronteras. Funciona como motor de la revolución continental. ¿O no?*

–Podría haber –me dijo– posibilidades de que no. Pero nosotros hemos eliminado esas posibilidades. La posibilidad de que los movimientos revolucionarios latinoamericanos no estuvieran directamente ligados a Cuba, hubiera podido concretarse si Cuba accedía a dejar de ser ejemplo para la revolución latinoamericana. Por el solo y simple hecho de estar viva, no es ejemplo. ¿De qué modo es ejemplo? Del modo como la revolución cubana encara las relaciones con los Estados Unidos, y de nuestro espíritu de lucha contra el imperialismo. Cuba se podría limitar a ser un ejemplo puramente económico, digamos.

–*Una especie de vitrina del socialismo...*

–Una vitrina. Esa sería una fórmula que hasta cierto punto garantizaría a Cuba, pero que la divorciaría de la revolución latinoamericana. No somos vitrina.

Un automóvil y un tren

–*En el supuesto caso de que nuevas revoluciones estallaran en América latina, ¿no se produciría una cambio de calidad en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos? Se habla de la posibilidad de un acuerdo de coexistencia, sobre determinadas bases. Pero, si el incendio se propaga y el imperialismo se ve obligado a echar agua al fuego, ¿cuál sería entonces la situación de Cuba, es decir, de la chispa?*

–Nosotros definimos la relación entre Cuba y los Estados Unidos en la época actual como un automóvil y un tren que van corriendo más o menos a la misma velocidad, y el automóvil tiene que cruzar el paso a nivel. A medida que se acerca al paso a nivel, se acerca la posibilidad de confrontación y de choque. Si el automóvil –que sería Cuba– cruza antes que el tren, es decir, si la revolución latinoamericana adquiere cierto grado de profundización, ya se ha pasado al otro lado, ya se ha atravesado el paso a nivel: ya Cuba no tiene significación. Porque a Cuba no se la ataca por despecho del imperialismo, sino que se la ataca por la significación que tiene. Nosotros vamos agravando nuestras confrontaciones con los Estados Unidos, día a día, objetiva y fatalmente, a medida que se agrava la situación en América Latina –y lo mejor que tiene es lo mal que está. Y si la situación se agrava tan convulsivamente que obliga al imperialismo a emplearse en gran escala, ya el problema fundamental deja de ser Cuba, como catalizadora, porque se ha producido la reacción química. La incógnita es: si cruzaremos, o no, antes que el tren. Podríamos frenar. Es difícil que frenemos.

–*Pero entonces, ¿hasta qué punto es posible la coexistencia?*

–No se trata de Cuba, sino de los Estados Unidos. No interesa Cuba a los Estados Unidos, si la revolución no cuaja en América latina. Si los Estados Unidos dominaran la situación, qué les importaría Cuba.

Las fuentes nutricias

–*Y en el supuesto caso de que la revolución latinoamericana no estallara, ¿es posible que Cuba siga adelante?*

–Claro que es posible.

–*¿A largo plazo?*

–A largo plazo. Ya pasó el período peor del bloqueo.

–*Quiero decir: si el aislamiento de Cuba de sus fuentes nutricias latinoamericanas no podría producir deformaciones internas, rigidez ideológica y lazos de dependencia cada vez más agobiantes.*

–Me parece un poco idealista la cosa. Uno no puede hablar de fuentes nutricias. Las fuentes nutricias son la realidad cubana, cualquiera que ella sea, y la aplicación correcta del marxismo-leninismo a las condiciones de este país y al modo de ser del pueblo cubano. El aislamiento puede provocar muchas cosas. Por ejemplo, que nos equivoquemos en la forma de apreciar la situación política en Brasil. Pero distorsiones en la marcha de la revolución, no.

Ya era entrada la noche cuando alguien, un enemigo, irrumpió en la habitación para recordar al Che que su rival le aguardaba, desde hacía media hora, ante el tablero de ajedrez, en el piso de abajo.

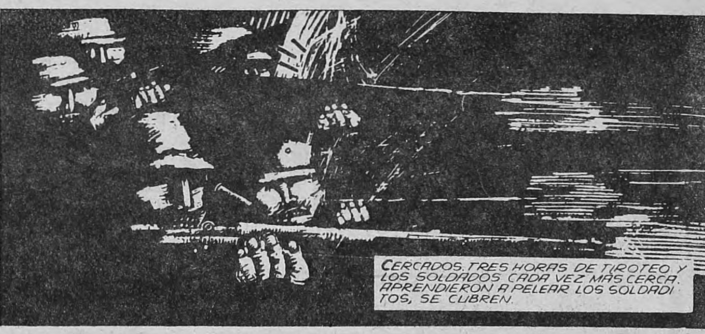
–Lo siento –me dijo el Che– pero el deber me llama.



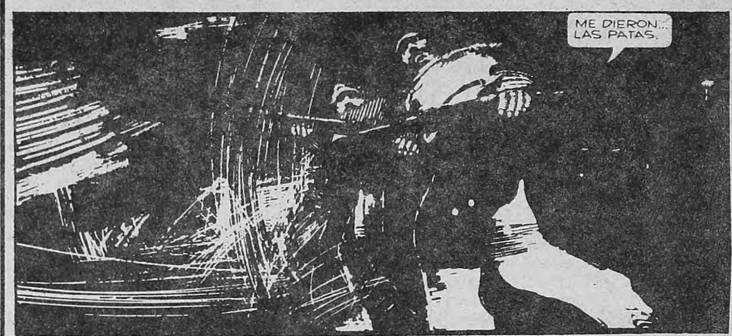




5







6

DEL YO AL NOSOTROS

iáleano

Fidel había ordenado la salida súbita, para evitar que el traidor pudiera avisar a la policía. Aquel traidor.. todavía no sabemos quién era. Y así fue que me tuve que ir sin el inhalador, y durante la travesía me vino un ataque de asma tan espantoso que no sé cómo hice para llegar``).

Los tres caballos

El Che hacía lo que decía; decía lo que pensaba y pensaba como vivía. Todos los cubanos lo sabían, todos lo veían.

Candela, el chofer que nos acompañó todo a lo largo de Cuba, al volante de un lujoso Cadillac recién expropiado, solía llamarlo ``caballo``. Este supremo elogio a la cubana sólo se aplicaba, en su boca, a tres personas: Fidel, el Che y Shakespeare. La divulgación popular del teatro estaba dando frutos de esta manera más bien imprevista: cada dos por tres, Candela entraba en trance y se ponía a hablar, torrencialmente, del dramaturgo isabelino (``Se pronuncia de varias maneras; los yanquis le dicen Chéspir``) y de sus obras, que bien conocía: ``Qué va. Ese sí que era un caballo, chico. Un caballo: muy filósofo en la escritura, y muy didáctico, sí señó``.

El más crítico, el más filoso

El Che tenía varias obsesiones, y una obsesión en el centro de todas las demás: la mística del socialismo en marcha, la fe del pueblo en el mundo nuevo que nace, debe ser el motor del desarrollo. El desconfiaba de los estímulos materiales, y en la entrevista me lo dijo así, con todas las letras:

–Hay sistemas de retribución que pueden darle a cada cual la esperanza de llegar a ser Rockefeller.

También renegó del sistema de cálculo económico, y negó la vigencia de la ley del valor en el tránsito al socialismo:

–Este es un período decisivo para Cuba –me dijo–. Y no podemos, no debemos, olvidar que existe un peligro de retorno al capitalismo. Otros casos lo demuestran.

Este tema lo indignaba. Durante nuestra conversación, no llamó ``compañeros`` sino ``señores`` a quienes querían llevar adelante una línea opuesta a la suya en el proceso económico de la revolución.

Con el mismo estilo, filoso, peleón, atacaba sus propios errores:

–Fue un disparate apurarse tanto con la industrialización. Quisimos sustituir todas las importaciones de golpe, por la vía de la fabricación de productos terminados. Queríamos acabar de una vez con la dictadura del azúcar. Y sí, es verdad que el monocultivo es subdesarrollo; pero no vimos las complicaciones, enormes, que trae la importación de los productos intermedios.

Sobre la Coca-Cola fabricada en Cuba, me repitió lo que poco antes había dicho por televisión:

–Sabe a jarabe de pecho.

La irreverencia del Che no perdonaba a nadie. A los dirigentes comunistas que acudían a Cuba en incesante peregrinación, solía recordarles que las revoluciones se hacen y no se dicen, que la misión de los partidos comunistas es estar a la vanguardia de la revolución (sonrisas satisfechas)... pero que lamentablemente ocurre que, en casi toda América Latina, están a la retaguardia (silencios rencorosos).

Pero quizás por nostalgia, por defenderse de los tirones del terruño perdido, mitad venganza, mitad homenaje, los argentinos eran el blanco predilecto de sus más ácidos comentarios. Suya era la malvada iniciativa de financiar la revolución latinoamericana comprando a ciertos argentinos de Buenos Aires por lo que valen y vendiéndolos por lo que creen que valen.

Cuba como vitrina o catapulta

–El destino de Cuba parece íntimamente ligado al destino de la revolución latinoamericana –le comenté–. *Cuba no puede ser coagulada dentro de fronteras. Funciona como motor de la revolución continental. ¿O no?*

–Podría haber –me dijo– posibilidades de que no. Pero nosotros hemos eliminado esas posibilidades. La posibilidad de que los movimientos revolucionarios latinoamericanos no estuvieran directamente ligados a Cuba, hubiera podido concretarse si Cuba accedía a dejar de ser ejemplo para la revolución latinoamericana. Por el solo y simple hecho de estar viva, no es ejemplo. ¿De qué modo es ejemplo? Del modo como la revolución cubana encara las relaciones con los Estados Unidos, y de nuestro espíritu de lucha contra el imperialismo. Cuba se podría limitar a ser un ejemplo puramente económico, digamos.

–Una especie de vitrina del socialismo...

–Una vitrina. Esa sería una fórmula que hasta cierto punto garantizaría a Cuba, pero que la divorciaría de la revolución latinoamericana. No somos vitrina.

Un automóvil y un tren

–En el supuesto caso de que nuevas revoluciones estallaran en América latina, ¿no se produciría una cambio de calidad en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos? Se habla de la posibilidad de un acuerdo de coexistencia, sobre determinadas bases. Pero, si el incendio se propaga y el imperialismo se ve obligado a echar agua al fuego, ¿cuál sería entonces la situación de Cuba, es decir, de la chispa?

–Nosotros definimos la relación entre Cuba y los Estados Unidos en la época actual como un automóvil y un tren que van corriendo más o menos a la misma velocidad, y el automóvil tiene que cruzar el paso a nivel. A medida que se acerca al paso a nivel, se acerca la posibilidad de confrontación y de choque. Si el automóvil –que sería Cuba– cruza antes que el tren, es decir, si la revolución latinoamericana adquiere cierto grado de profundización, ya se ha pasado al otro lado, ya se ha atravesado el paso a nivel: ya Cuba no tiene significación. Porque a Cuba no se la ataca por despecho del imperialismo, sino que se la ataca por la significación que tiene. Nosotros vamos agravando nuestras confrontaciones con los Estados Unidos, día a día, objetiva y fatalmente, a medida que se agrava la situación en América Latina –y lo mejor que tiene es lo mal que está. Y si la situación se agrava tan convulsivamente que obliga al imperialismo a emplearse en gran escala, ya el problema fundamental deja de ser Cuba, como catalizadora, porque se ha producido la reacción química. La incógnita es: si cruzaremos, o no, antes que el tren. Podríamos frenar. Es difícil que frenemos.

–Pero entonces, ¿hasta qué punto es posible la coexistencia?

–No se trata de Cuba, sino de los Estados Unidos. No interesa Cuba a los Estados Unidos, si la revolución no cuaja en América latina. Si los Estados Unidos dominaran la situación, qué les importaría Cuba.

Las fuentes nutricias

–Y en el supuesto caso de que la revolución latinoamericana no estallara, ¿es posible que Cuba siga adelante?

–Claro que es posible.

–¿A largo plazo?

–A largo plazo. Ya pasó el período peor del bloqueo.

–Quiero decir: si el aislamiento de Cuba de sus fuentes nutricias latinoamericanas no podría producir deformaciones internas, rigidez ideológica y lazos de dependencia cada vez más agobiantes.

–Me parece un poco idealista la cosa. Uno no puede hablar de fuentes nutricias. Las fuentes nutricias son la realidad cubana, cualquiera que ella sea, y la aplicación correcta del marxismo-leninismo a las condiciones de este país y al modo de ser del pueblo cubano. El aislamiento puede provocar muchas cosas. Por ejemplo, que nos equivoquemos en la forma de apreciar la situación política en Brasil. Pero distorsiones en la marcha de la revolución, no.

Ya era entrada la noche cuando alguien, un enemigo, irrumpió en la habitación para recordar al Che que su rival le aguardaba, desde hacía media hora, ante el tablero de ajedrez, en el piso de abajo.

–Lo siento –me dijo el Che– pero el deber me llama.

DOS, TRES, MUCHOS GUEVARA

Por Martín Caparrós

Guevara es uno de los primeros argentinos que triunfaron en el exterior.

Hay una imagen de Ernesto Guevara que *es* el Che. Es esa imagen infinitamente repetida, impresa, pintada, embanderada, de una cara acuciante entre barbas, una boina, una estrella y los pelos al viento. Esa foto, esa imagen, resumió para muchos durante mucho tiempo la actitud por tomar: la mirada segura enfocada allá lejos, en las luces por venir, la definición de esa boina y esa estrella y la determinación de los pelos flameados por el viento de la Historia. Esa foto era una forma de estar en la Historia. Esa foto fue tomada en un acto protocolar, en una tribuna de altos funcionarios en La Habana, Cuba, 1961.

Hay unas pocas imágenes que no son lo que parecen, pero no hay ninguna que sea lo que parece. Hay, sí, gran mayoría de imágenes que ni siquiera parecen, que no figuran, no imaginan.

Ernesto Guevara se murió, fue fusilado una mañana, en un pueblito boliviano, después de su derrota y al día siguiente de lo que luego sería su efemérides, y eso parece darle cierta impunidad diplomática. Oh muerte, que todo lo lavas, que todo purificas. No me alcanza. Muchos amigos míos también se murieron en las guerras. No le debo nada a ENTel, ni a mis muertos: eran –intento pensar– gente como yo que, simplemente, se empecinó más, se equivocó más, tuvo menos suerte. Nada de esto logra santificarlos, ni condenarlos. La muerte no debería cambiarlos demasiado. Salvo en las historias muy mal contadas, o en los mitos, una sola muerte no tendría por qué cambiar toda una vida.

¿Qué culpa, qué parte de culpa tiene Ernesto Guevara en la muerte de ellos? ¿Qué mérito, qué parte de mérito tiene Ernesto Guevara en la muerte de ellos?

–Murió.
–Sí, pero su muerte no ha sido en vano.
–No, claro. Fíjese, por ejemplo, este suplemento.

Diversas ideologías del sacrificio: en algún momento, en este lugar, fue un lugar común comparar a Guevara con Jesús. Para eso habría que poder demostrar que Guevara edificó su muerte tan cuidadosamente como el galileo, que tan escrupulosamente como él se dirigió hacia la traición final, que tan ominosamente reclamó la pasión y el sacrificio, que tan firmemente creyó en la potencia redentora de esa muerte. Y no es fácil. Además, Jesús fue un héroe, en sentido estricto.

Se pregunta: ¿quién ha dicho yo, alguna vez, de forma tal que nunca más podrá volver a decir nosotros?

El héroe es único. El héroe sirve para fundar un linaje, una historia, una continuidad, pero es héroe porque es inimitable, irrepetible. Muchos griegos de entonces conservaban en el fondo de sus *oikoi* una llama encendida en honor a Heracles, pero ninguno de ellos habría pensado nunca en enfrentar con la sola fuerza de sus manos al león de Numea, por ejemplo, o a las cincuenta cabezas de la Hidra. El caudillo moderno es el jefe-por-ser, el jefe en acto, y su posición se funda en un pacto que supone también su unicidad. El jefe ocupa el lugar que sólo por él puede ser ocupado, y así lo entienden quienes lo aclaman y entronizan como jefe: es jefe porque no hay nadie como él. La identificación tiene límites muy precisos. Guevara, en cambio, propició una imagen que proponía la necesidad de su repetición *ad infinitum*.

Crear dos, tres, muchos Guevara, *esa* fue la consigna.

Ernesto Guevara puso su nombre y su figura como mascarón de proa de una cierta idea de la revolución –y lo sabía, y lo utilizaba, y lo escribió incluso alguna vez–. Sin embargo, Guevara fue héroe por inconveniencia, por derrota, por error de cálculo: él se proponía como modelo, y la idea de modelo presupone su imitación, su reproducción. El modelo requiere la emulación. Guevara no demanda de sus seguidores, de sus subordinados, la admirada sumisión –que no es poco–. Les exige la semejanza, el esfuerzo supremo de la similitud: los compele a que sean *como él*. El pedido es (casi) irrealizable, por definición, por esencia, pero, al mismo tiempo, es mucho más apetecible, movilizador. Un jefe pide la identidad –cuestiona desde su lugar de jefe su lugar de jefe, y por eso lo es, y por eso no.

Y siguió siéndolo. Porque parece que se necesita siempre que todo grupo o aunamiento se dé una persona que lo personifique, una máscara que lo enmascare y le dé rostro.

Se pregunta: si es inevitable buscar un padre para delegar, para *afiliarse*: ¿qué mejor padre que un padre muerto?

Se pregunta: ¿quiénes, cuántos, quisieron ser como Guevara antes del 9 de óctubre de 1967, como Guevara vivo? ¿Quiénes, cuántos, como Guevara después, Guevara mítico?

Hay una frase con sintaxis de maldición que quizás se podría pensar como proyecto. *Icono serás*, dice, *icono serás*. Pero es difícil, pensarla como proyecto.

El jefe se realiza en la concreción, en la victoria y el logro. El mito no, el modelo no. Lo temible de toda revolución es su triunfo, el momento que la enfrenta con la necesidad de dar a sus palabras hechos, realidad a sus propósitos. Es el momento de júbilo fatal que (casi) ninguna revolución ha podido sobrellevar. Ernesto Guevara ganó la revolución cubana, entró en triunfo, se hizo ministro, se recostó a tomar mate para la posteridad, intentó construir una economía para islas y hay quienes dicen que entonces perdió alguna batalla. Tras lo cual se fue al Congo y a Bolivia, a demostrar que también del triunfo hay una huida posible, que la concreción también podía quedar como objetivo, que la revolución podía no ser la causa de una consecuencia sino un camino en sí. Quizá Guevara haya demostrado que el revolucionario puede triunfar y evitar la confrontación con el triunfo, ese largo momento de la desesperanza.

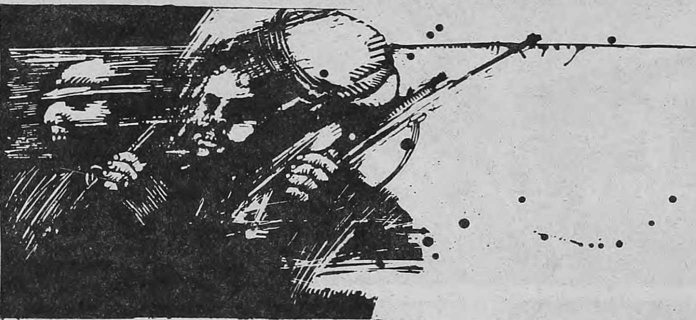
Se pregunta; ¿no es cierto, acaso, que el fin justifica los medios sólo mientras el fin no sea alcanzado?

De tal suerte, una vez más, de tal muerte, Ernesto Guevara evita convertirse en jefe, y se salva como modelo. Y se instala en otra idea del tiempo: tras el final, tras la victoria, habrá la posibilidad de otro principio. Así, Guevara inscribe casi *motu proprio* su proyecto en el tiempo cíclico y tranquilizador del mito, de lo que no necesita confrontarse.

–Quizás hablar de Guevara ya no tenga sentido.
–Quizás.
–Pero seguramante habría que hablar de quienes imitaron su modelo.
–Seguramente.
–¿Vio? Estábamos de acuerdo.

Hace un año publiqué una novela, encabezada por varias frases; una era de Guevara, de su diario boliviano: "Este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres". Algunos creyeron que era un homenaje; otros, una ironía; otros aún, una referencia al contexto histórico. Los sesenta se engañaban cuando cantaban que la respuesta está flotando en el viento, como una cabellera. La respuesta, si la hay, está en cada mirada. Y los ojos de Guevara están en esa foto, congelados, en esa tribuna de La Habana que parecía la Historia.

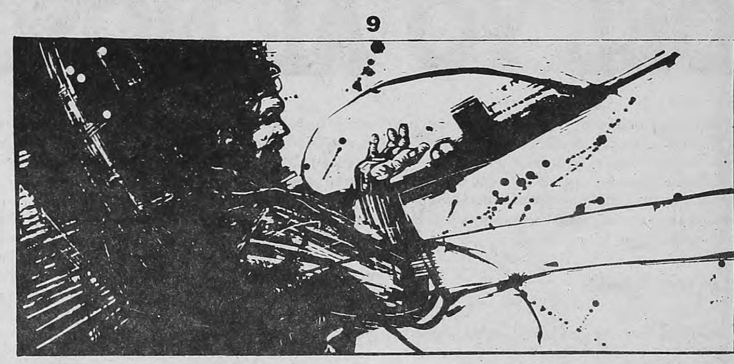






7

9







DOS, TRES, MUCHOS GUEVARA

Por Martín Caparrós

Guevara es uno de los primeros argentinos que triunfaron en el exterior.

Hay una imagen de Ernesto Guevara que *es* el Che. Es esa imagen infinitamente repetida, impresa, pintada, embanderada, de una cara acuciante entre barbas, una boina, una estrella y los pelos al viento. Esa foto, esa imagen, resumió para muchos durante mucho tiempo la actitud por tomar: la mirada segura enfocada allá lejos, en las luces por venir, la definición de esa boina y esa estrella y la determinación de los pelos flameados por el viento de la Historia. Esa foto era una forma de estar en la Historia. Esa foto fue tomada en un acto protocolar, en una tribuna de altos funcionarios en La Habana, Cuba, 1961.

Hay unas pocas imágenes que no son lo que parecen, pero no hay ninguna que sea lo que parece. Hay, sí, gran mayoría de imágenes que ni siquiera parecen, que no figuran, no imaginan.

Ernesto Guevara se murió, fue fusilado una mañana, en un pueblito boliviano, después de su derrota y al día siguiente de lo que luego sería su efemérides, y eso parece darle cierta impunidad diplomática. Oh muerte, que todo lo lavas, que todo purificas. No me alcanza. Muchos amigos míos también se murieron en las guerras. No le debo nada a ENTel, ni a mis muertos: eran –intento pensar– gente como yo que, simplemente, se empecinó más, se equivocó más, tuvo menos suerte. Nada de esto logra santificarlos, ni condenarlos. La muerte no debería cambiarlos demasiado. Salvo en las historias muy mal contadas, o en los mitos, una sola muerte no tendría por qué cambiar toda una vida.

¿Qué culpa, qué parte de culpa tiene Ernesto Guevara en la muerte de ellos? ¿Qué mérito, qué parte de mérito tiene Ernesto Guevara en la muerte de ellos?

–Murió.
–Sí, pero su muerte no ha sido en vano.
–No, claro. Fíjese, por ejemplo, este suplemento.

Diversas ideologías del sacrificio: en algún momento, en este lugar, fue un lugar común comparar a Guevara con Jesús. Para eso habría que poder demostrar que Guevara edificó su muerte tan cuidadosamente como el galileo, que tan escrupulosamente como él se dirigió hacia la traición final, que tan ominosamente reclamó la pasión y el sacrificio, que tan firmemente creyó en la potencia redentora de esa muerte. Y no es fácil. Además, Jesús fue un héroe, en sentido estricto.

Se pregunta: ¿quién ha dicho yo, alguna vez, de forma tal que nunca más podrá volver a decir nosotros?

El héroe es único. El héroe sirve para fundar un linaje, una historia, una continuidad, pero es héroe porque es inimitable, irrepetible. Muchos griegos de entonces conservaban en el fondo de sus *oikoi* una llama encendida en honor a Heracles, pero ninguno de ellos habría pensado nunca en enfrentar con la sola fuerza de sus manos al león de Numea, por ejemplo, o a las cincuenta cabezas de la Hidra. El caudillo moderno es el jefe-por-ser, el jefe en acto, y su posición se funda en un pacto que supone también su unicidad. El jefe ocupa el lugar que sólo por él puede ser ocupado, y así lo entienden quienes lo aclaman y entronizan como jefe: es jefe porque no hay nadie como él. La identificación tiene límites muy precisos. Guevara, en cambio, propició una imagen que proponía la necesidad de su repetición *ad infinitum*.

Crear dos, tres, muchos Guevara, *esa* fue la consigna.

Ernesto Guevara puso su nombre y su figura como mascarón de proa de una cierta idea de la revolución –y lo sabía, y lo utilizaba, y lo escribió incluso alguna vez–. Sin embargo, Guevara fue héroe por inconveniencia, por derrota, por error de cálculo: él se proponía como modelo, y la idea de modelo presupone su imitación, su reproducción. El modelo requiere la emulación. Guevara no demanda de sus seguidores, de sus subordinados, la admirada sumisión –que no es poco–. Les exige la semejanza, el esfuerzo supremo de la similitud: los compele a que sean *como él*. El pedido es (casi) irrealizable, por definición, por esencia, pero, al mismo tiempo, es mucho más apetecible, movilizador. Un jefe pide la identidad –cuestiona desde su lugar de jefe su lugar de jefe, y por eso lo es, y por eso no.

Y siguió siéndolo. Porque parece que se necesita siempre que todo grupo o aunamiento se dé una persona que lo personifique, una máscara que lo enmascare y le dé rostro.

Se pregunta: si es inevitable buscar un padre para delegar, para *afiliarse*: ¿qué mejor padre que un padre muerto?

Se pregunta: ¿quiénes, cuántos, quisieron ser como Guevara antes del 9 de óctubre de 1967, como Guevara vivo? ¿Quiénes, cuántos, como Guevara después, Guevara mítico?

Hay una frase con sintaxis de maldición que quizás se podría pensar como proyecto. *Icono serás*, dice, *ícono serás*. Pero es difícil, pensarla como proyecto.

El jefe se realiza en la concreción, en la victoria y el logro. El mito no, el modelo no. Lo temible de toda revolución es su triunfo, el momento que la enfrenta con la necesidad de dar a sus palabras hechos, realidad a sus propósitos. Es el momento de júbilo fatal que (casi) ninguna revolución ha podido sobrellevar. Ernesto Guevara ganó la revolución cubana, entró en triunfo, se hizo ministro, se recostó a tomar mate para la posteridad, intentó construir una economía para islas y hay quienes dicen que entonces perdió alguna batalla. Tras lo cual se fue al Congo y a Bolivia, a demostrar que también del triunfo hay una huida posible, que la concreción también podía quedar como objetivo, que la revolución podía no ser la causa de una consecuencia sino un camino en sí. Quizá Guevara haya demostrado que el revolucionario puede triunfar y evitar la confrontación con el triunfo, ese largo momento de la desesperanza.

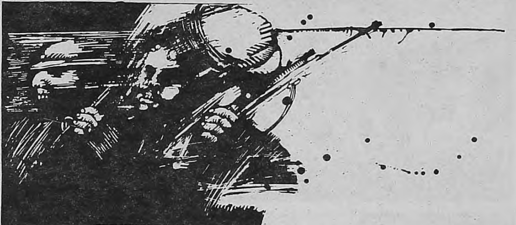
Se pregunta; ¿no es cierto, acaso, que el fin justifica los medios sólo mientras el fin no sea alcanzado?

De tal suerte, una vez más, de tal muerte, Ernesto Guevara evita convertirse en jefe, y se salva como modelo. Y se instala en otra idea del tiempo: tras el final, tras la victoria, habrá la posibilidad de otro principio. Así, Guevara inscribe casi *motu proprio* su proyecto en el tiempo cíclico y tranquilizador del mito, de lo que no necesita confrontarse.

–Quizás hablar de Guevara ya no tenga sentido.
–Quizás.
–Pero seguramante habría que hablar de quienes imitaron su modelo.
–Seguramente.
–¿Vio? Estábamos de acuerdo.

Hace un año publiqué una novela, encabezada por varias frases; una era de Guevara, de su diario boliviano: "Este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres". Algunos creyeron que era un homenaje; otros, una ironía; otros aún, una referencia al contexto histórico. Los sesenta se engañaban cuando cantaban que la respuesta está flotando en el viento, como una cabellera. La respuesta, si la hay, está en cada mirada. Y los ojos de Guevara están en esa foto, congelados, en esa tribuna de La Habana que parecía la Historia.

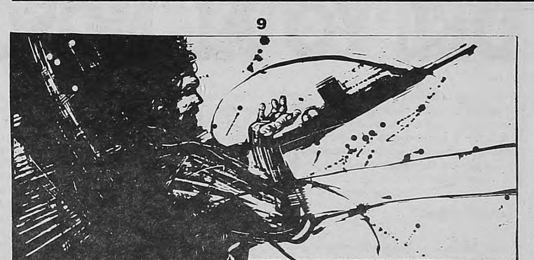






7

9





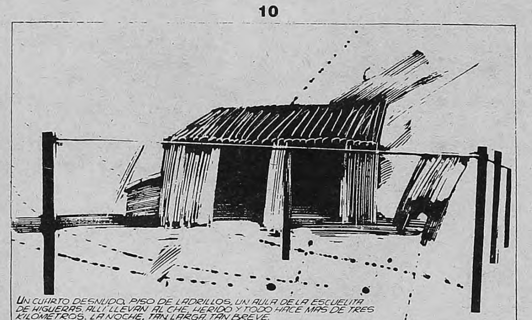






8

10





DONDE HUBO CENIZAS

Por Miguel Briante



El Che, parado contra un árbol, en la selva desde donde la guerrilla liderada por Fidel Castro se le iba a desatar al bueno de Batista, piensa: *Que no me peguen un balazo en el culo.*

Julio Cortázar se para en ese silencio cuando escribe aquel cuento, *Reunión*. James Joyce habla, en su momento, de las epifanías: decía más o menos que la epifanía es el momento en que a un hombre, y hasta a una cosa, le da una luz que lo define para siempre. Cruz, en el *Martín Fierro*, se le da vuelta a la autoridad; Borges, tranquilo, postula el fin de eso, de este gesto heroico, pero dos veces: en la primera –*Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*– lo exalta; en la segunda –*El fin*–, se acuerda que hay un solo final para la historia de las pampas: viene el moreno y lo mata a Fierro, aunque antes de trenzarse hablan y dicen que *el hombre no debe derramar la sangre del hombre.*

En este entrevero se debe haber visto Ernesto Guevara: patrón de chico, de lo mejor de Rosario, sabía ese tono: "Che, traé pa' acá". Además leía.

La lectura, siempre, tendrá un problema. Por eso, alguna vez, Videla inaugurando una Feria del Libro dijo: "No leer es uno de los sacrificios que nos impone la patria". Antes, Ernesto Guevara de la Serna se codeó en silencio con, entre otros encuadernados, Pablo Neruda. De ahí levanta, un día, añorando un mate en las alturas de Machu Picchu, un poema que no hubiera merecido, por sí mismo, la eternidad. Pero de ahí, y tal vez de su ejercicio de la medicina, que hace ver de frente a los pobres, "así como son, viste: pobres", le sale algo que es cierto: una nostalgia de país propio. Eso que en los discursos se llama patria.

Ahora viene la parte del mito. Una vez, un director italiano de los famosos, Francesco Rossi, se planteó filmar la vida del Che. Dicen que habló con el rosarino y el rosarino le dijo: "Para mí, el personaje es la cámara. Es el que mira. Nunca habría que mostrar al Che", dijo el Che. El director se quedó pensando. No pensó tanto Richard Fleischer cuando se animó a poner en una cinta a Omar Sharif, de Che, y, a Jack Palance, de Fidel. Para el olvido.

Le pasó lo mismo a mucha gente –lo de pensar poco– , cuando avisaron que el Che quería hacer un foco en Bolivia, y estaba cercado. "Ese es un loco", dijo la izquierda exquisita. Ese, dijeron, es un aventurero. Franz Fanon, teórico negro, africano y todo eso, ya había escrito acerca de la aventura de afrontar la libertad. ¿De uno? Sí: parece que la libertad de los otros viene a ser la de uno. En todo esto habría pensado Guevara (de la Serna, Che), según Cortázar, contra ese árbol. Sin contar el asma.

Nacer con asma es andar contra los otros y en los cojudos –jugadores de rugby, hacedores de gimnasia o peleadores de la sombra– se va notando. Alguien, si cierra los ojos, podrá ver –en ese campamento de sombras, como escribió un poeta para hablar de Bolivia, mejor dicho, de una escuelita de Higueras, Bolivia– al Che matándose la muerte propia, a lo médico y queriendo curar –iluso, iluso– a toda una humanidad.

La tradición verbal solicita de la oscura forma de los hechos que el mito sea humano. Bueno; ahí dicen que esa chica Tania vino desde la kagebé –los servicios rusos– para traicionarlo y que él la dio vuelta en la cama. El mito empieza cuando el hombre termina, pero Guevara elaboró su propio mito. ¿Aventurero o militante?, se preocuparía, brillante, algún ensayista de la zona.

"Aventurero, mi hijo", contestaba cualquier argentino. Agregaba: "Eso sí, de una ética particular". Alguien sabe que alguna vez el Che llamó desde Cuba a un administrador de estancias que no se dejaba hablar de caballos por los patrones: era un primo, de apellido de plaza. Le dijo, al Che: "Primo, vivo borracho Ya sé que sé mucho de vacas, pero si voy a Cuba voy a hacer un papelón". Etica.

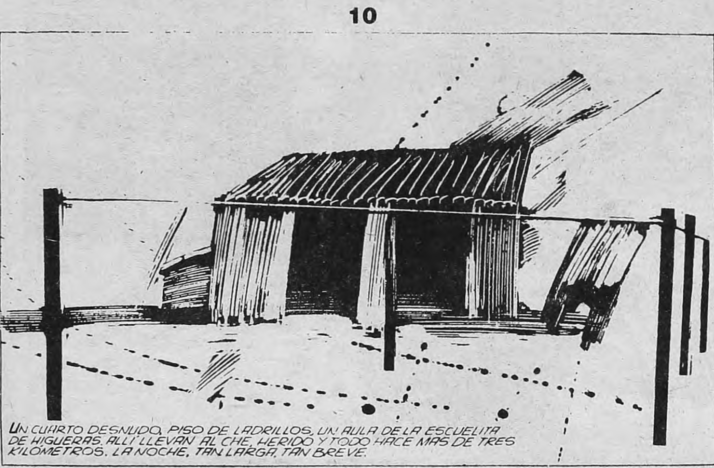
Acá, lo agarró Juan Gelman. Cuando muere, a la gente de Casa de las Américas, en Cuba, se le ocurre hacer un ejemplar sobre este muchacho. Despacio, Juan Gelman les va diciendo: "Ustedes lo dejaron caer". Y ahora: contra ese culo que no quiere un balazo, el árbol mítico, literario.





8

10





DONDE HUBO CENIZAS

Por Miguel Briante

El Che, parado contra un árbol, en la selva desde donde la guerrilla liderada por Fidel Castro se le iba a desatar al bueno de Batista, piensa: *Que no me peguen un balazo en el culo.*

Julio Cortázar se para en ese silencio cuando escribe aquel cuento, *Reunión*. James Joyce habla, en su momento, de las epifanías: decía más o menos que la epifanía es el momento en que a un hombre, y hasta a una cosa, le da una luz que lo define para siempre. Cruz, en el *Martín Fierro*, se le da vuelta a la autoridad; Borges, tranquilo, postula el fin de eso, de este gesto heroico, pero dos veces: en la primera –*Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*– lo exalta; en la segunda –*El fin*–, se acuerda que hay un solo final para la historia de las pampas: viene el moreno y lo mata a Fierro, aunque antes de trenzarse hablan y dicen que *el hombre no debe derramar la sangre del hombre*.

En este entrevero se debe haber visto Ernesto Guevara: patrón de chico, de lo mejor de Rosario, sabía ese tono: "Che, traé pa' acá". Además leía.

La lectura, siempre, tendrá un problema. Por eso, alguna vez, Videla inaugurando una Feria del Libro dijo: "No leer es uno de los sacrificios que nos impone la patria". Antes, Ernesto Guevara de la Serna se codeó en silencio con, entre otros encuadernados, Pablo Neruda. De ahí levanta, un día, añorando un mate en las alturas de Machu Picchu, un poema que no hubiera merecido, por sí mismo, la eternidad. Pero de ahí, y tal vez de su ejercicio de la medicina, que hace ver de frente a los pobres, "así como son, viste: pobres", le sale algo que es cierto: una nostalgia de país propio. Eso que en los discursos se llama patria.

Ahora viene la parte del mito. Una vez, un director italiano de los famosos, Francesco Rossi, se planteó filmar la vida del Che. Dicen que habló con el rosarino y el rosarino le dijo: "Para mí, el personaje es la cámara. Es el que mira. Nunca habría que mostrar al Che", dijo el Che. El director se quedó pensando. No pensó tanto Richard Fleischer cuando se animó a poner en una cinta a Omar Sharif, de Che, y a Jack Palance, de Fidel. Para el olvido.

Le pasó lo mismo a mucha gente –lo de pensar poco–, cuando avisaron que el Che quería hacer un foco en Bolivia, y estaba cercado. "Ese es un loco", dijo la izquierda exquisita. Ese, dijeron, es un aventurero. Franz Fanon, teórico negro, africano y todo eso, ya había escrito acerca de la aventura de afrontar la libertad. ¿De uno? Sí: parece que la libertad de los otros viene a ser la de uno. En todo esto habría pensado Guevara (de la Serna, Che), según Cortázar, contra ese árbol. Sin contar el asma.

Nacer con asma es andar contra los otros y en los cojudos –jugadores de rugby, hacedores de gimnasia o peleadores de la sombra– se va notando. Alguien, si cierra los ojos, podrá ver –en ese campamento de sombras, como escribió un poeta para hablar de Bolivia, mejor dicho, de una escuelita de Higueras, Bolivia– al Che matándose la muerte propia, a lo médico y queriendo curar –iluso, iluso– a toda una humanidad.

La tradición verbal solicita de la oscura forma de los hechos que el mito sea humano. Bueno; ahí dicen que esa chica Tania vino desde la kagebé –los servicios rusos– para traicionarlo y que él la dio vuelta en la cama. El mito empieza cuando el hombre termina, pero Guevara elaboró su propio mito. ¿Aventurero o militante?, se preocuparía, brillante, algún ensayista de la zona.

"Aventurero, mi hijo", contestaba cualquier argentino. Agregaba: "Eso sí, de una ética particular". Alguien sabe que alguna vez el Che llamó desde Cuba a un administrador de estancias que no se dejaba hablar de caballos por los patrones: era un primo, de apellido de plaza. Le dijo, al Che: "Primo, vivo borracho. Ya sé que sé mucho de vacas, pero si voy a Cuba voy a hacer un papelón". Etica.

Acá, lo agarró Juan Gelman. Cuando muere, a la gente de Casa de las Américas, en Cuba, se le ocurre hacer un ejemplar sobre este muchacho. Despacio, Juan Gelman les va diciendo: "Ustedes lo dejaron caer". Y ahora: contra ese culo que no quiere un balazo, el árbol mítico, literario.




RISAS, GRITOS CON PISCO EN EL CUARTO VECINO. TAN CONTENTOS, TERMINÓ LA CAMPAÑA, ALGÚN ASCENSO, Y ESTÁN VIVOS. EL CHE LOS COMPRENDE, Y TANTO. DUELEN LAS HERIDAS, PARECEN UNA SOLA, SIENES REVENTANDO, BOCA SECA.


PIAR DE PAJARITOS ALLÁ AFUERA. UN DÍA MÁS EN LA SERRANÍA, SI NO ME MUEVO LAS HERIDAS NO LAS SIENTO. LA VIDA QUE SE REPASA. HUBO ERRORES Y TANTO SIN TERMINAR, SEGUIRÁN EL PIOJO Y EL DIVIDENDO, PERO LA ESPERANZA ALGO MÁS CERCA, VALIÓ LA PENA. SÍ, VALIÓ LA PENA. Y YA ES TANTA LA PAZ.

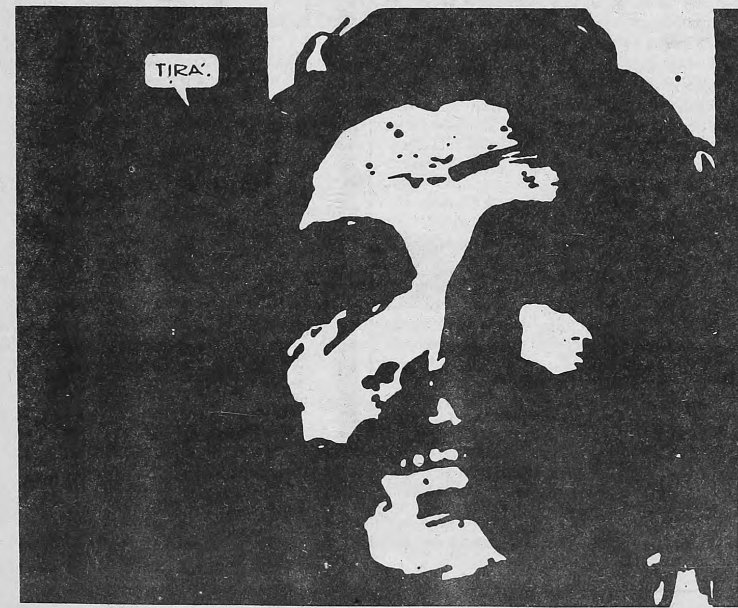

UN ROSTRO QUE PREGUNTA Y PREGUNTA, AGENTE DE LA CIA. QUIERE SABER, FASTIDIA AL PRINCIPIO PERO AL FINAL UN PLACER INSULTARLO. TAN LEJOS EL HOMBRE NUEVO MIENTRAS HAYA HOMBRES CIA.


UNA DESCARGA DE METRALLETA CORTA UN GRITO RABIOSO, HAN FUSILADO UN GUERRILLERO PERUANO. LAS ONCE DE LA MAÑANA ¿CUÁNTO FALTARÁ TODAVÍA? LO QUE SEA, ES IGUAL.


MEDIODÍA. LA PUERTA, EL SOL.
POR FIN... ESPERA UN POCO.


NO QUIERO QUE ACOSTADO.


AHORA SÍ...


TIRÁ.

